



La muerte inconclusa

Momias en Tlayacapan, Morelos

(segunda y última parte)

Arqto. Arturo Oliveros

Los féretros

Los cuerpos descubiertos fueron colocados sin variación en ataúdes de madera—de pino o cedro—construidos en la localidad. Tienen estas cajas la parte delicada a la cabeza, más alta y ancha que la de los pies. Las tablas de que se componen se ensamblaron

(seudo—fresco), con diferentes motivos y colores de acuerdo al sexo y/o la edad de los finados. De esta manera, para los adultos se utilizaron diseños en color blanco sobre fondo negro; por ejemplo, los motivos decorativos de entierros masculinos son más sencillos, con base en líneas onduladas, en zigzag, con punteados

“muertecito”. El entierro 27 presenta además otra variante única dentro de esta muestra y sin ninguna otra referencia, ya que aparte de la decoración la caja tiene hacia el lado de los pies una perforación rectangular a cada lado, quizá para facilitar “la salida o acceso del alma al cuerpo” del infante, costumbre que por otro lado pudiera relacionarse con algunas tradiciones muy antiguas de algunos grupos mesoamericanos o ciertas tribus de Norteamérica.

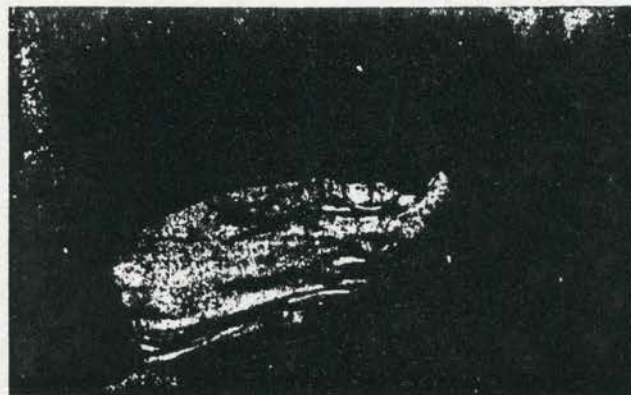
En el transcurso del estudio de ataúdes hubo gratas sorpresas al descubrir inscripciones puestas en el interior de las tapas; la más afortunada corresponde al féretro de un hombre adulto (entierro 26, en muy mal estado de conservación), en la cual se lee: Don Juan Sánchez, murió en 7 de marzo de 1809. Notable detalle que se debe agradecer a sus deudos, en vista de la enorme ayuda que brindaron a la interpretación arqueológica con este dato necro—cronológico que por cierto se refiere a un connotado personaje local.

Cuenta la tradición que don Juan fue montador de toros, y de cómo el gusto por dichas “jugadas” tuvo —y tiene— fuerte arraigo en esta población, heren-

cia inegable de las fiestas celebradas en las haciendas regionales desde posiblemente principios del siglo XVII. De tal manera que en torno a tal “gusto” existen diferentes recuerdos, como esa anécdota referida a don Juan, que aparece en los Títulos Primordiales de Tlayacapan y que textualmente dice: “... que cierto toro zozco hiba a matar a Juan Sanchez en el puchote arbol de la plaza de este pueblo, tirándole tan fuerte bote que enterro el cuerno izquierdo en dicho arbol y escapo dicho Sanches...” (foja 73).

De acuerdo con esa mención anecdótica de don Juan registrada en el siglo XVIII, puede concluirse que él debió morir en torno a los 70 años de edad, momento de su vida en que seguramente ya no montaba, por lo que su fallecimiento no podría atribuirse a un accidente producto de su afición. Lo que sí se puede imaginar, es que su muerte debió ser muy sentida en la comunidad y que pudo ocurrir —por la fecha del sepelio— durante las fiestas de carnaval de 1809, cuando por seguro había jugadas de toros en el pueblo.

No cabe duda que en los asuntos de la muerte pueden llegar a



a base de caja y espiga (mortaja), unidas con algunos clavos de hierro forjado, especialmente para cerrar las tapas, que son de dos tipos: planas o de tres caras (croquis 4), formas comunes —aparentemente— durante la época colonial, aunque tal vez la moda haya dictado la forma más complicada después del uso de la tapa plana. A este respecto no existe acuerdo todavía en las fechas en que comenzaron a utilizarse los féretros de madera (ferrados o no), y algunos estudiosos los reconocen a partir de finales del siglo pasado, aunque hay otros datos de su uso desde por lo menos el siglo XVII.

Las medidas de las cajas varían, por lógica, según la talla del difunto, de donde es fácil concluir que eran “hechas sobre medida” y al instante en que se requerían. Sin excepción, todos los ataúdes fueron decorados —en forma espontánea— con pinturas de agua (1) y base de cal

zonales y representaciones de cráneos, solos o sobre huesos largos cruzados, a cada lado o sobre la tapa. Para los entierros femeninos los diseños más característicos consisten en guirnaldas, rombos con flores intermedias y otros motivos geométricos ondulados, siempre en blanco sobre negro.

En el caso de la ornamentación de ataúdes para niños y adolescentes, se pudo observar una mayor libertad y colorido en los diseños, con uso frecuente de las diferentes tonalidades del azul y el rojo, pero también el café, amarillo, verde y rosa, sobre el fondo blanco o azul pálido. Los diseños decorativos también varían, aunque predominan los motivos florales, las grecas y los puntos. Se encontraron dos casos de diseños con base en caras de ángeles y otro ángel de pie que lleva de la mano a un niño (entierros 27 y 29), seguramente alegoría al



plantearse revelaciones sobre personalidades muy notorias, las cuales más allá del umbral de la vida logran prevalecer por algún detalle. El entierro de don Juan Sánchez tenía colocado directamente sobre su caja, el pequeño ataúd del niño descrito anteriormente (entierro 27), quien pudo ser descendiente del montador, que falleció después de aquél y se inhumó en el lugar dentro de la iglesia, destinado a la familia Sánchez.

El otro caso corresponde al fragmento de una tapa en pésimo estado de conservación, cuyo fétetro y contenido se desintegraron. Por la decoración del fragmento rescatado, blanco sobre negro, puede suponerse que se trataba de un adulto, pero no es posible conjeturar sobre el sexo del occiso. Sin embargo, a pesar de la destrucción y de una grafitia muy estilizada se alcanza a leer: un punto (.) y después: Chuxiayn Fiano, seguramente los apellidos paterno y materno de origen vasco-francés el uno e italiano el otro (Dr. Joseph Elias, comunicación personal). Es muy posible que el punto haya pertenecido a una i o una j, con al guna de las cuales pudo terminar el nombre propio de esta persona.

Se trató de averiguar alguna pista sobre dichos apellidos en la población, pero desafortunadamente en el archivo municipal sólo existe el tomo más antiguo relativo al registro de las defunciones del año de 1890, y ni en este volumen ni en los siguientes, aparece ninguna persona con tales denominaciones. Tampoco en la iglesia se conservan registros de bautizos, matrimonios u otros eventos, ya que la mayor parte de los archivos fue quemada. De una manera u otra, en ambos casos la muerte no logró arrebatar del todo la identidad de esos seres y para la microhistoria local ahí quedan la tradición, las anécdotas, sus nombres—epitafios—monumentos y el árbol de pochote en el corazón del pueblo.

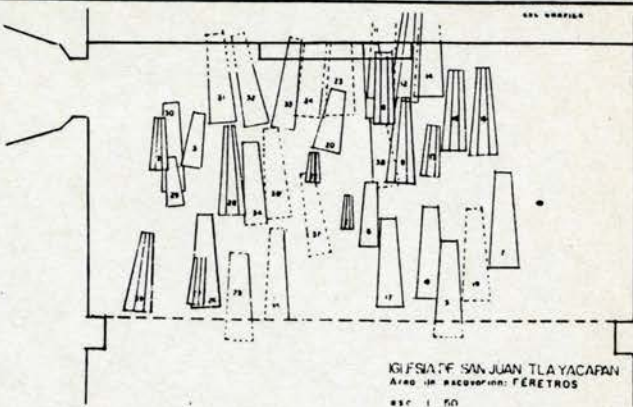
El postre vestido (indumentaria luctuosa)

Es conocida y abundante la información que a nivel mundial existe sobre las diferentes maneras de amortajar a un difunto antes de su velación, en la cual ten-

drá que "estar presente" con el uso de sus mejores galas. Sobre el particular hay en México muchas variantes regionales, tanto de origen precolombino, como europeos, asiáticas y por supuesto mestizas, a todo lo extenso de su remoto pasado. El ritual va desde las prácticas más sencillas hasta las muy sofisticadas, que incluyen el previo baño del muerto y pasan de la utilización del elemental sudario, el humilde y tradicional petate o la caja de madera de pino, hasta el pretencioso fétetro metálico, cromado, pavonado y acojinado.

A pesar del mal estado de conservación de muchos enterramientos, los datos que sobre indumentaria se lograron obtener dan una clara idea sobre estas específicas costumbres localizables en Morelos. El atavío masculino adulto quedó muestreado con tres casos en los que se registró el uso de una túnica negra con capucha, puesta sobre la ropa cotidiana, por lo que no necesariamente se trató de religiosos. Por ejemplo, el entierro 7 (en exhibición) viste pantalón de gamuza unida con trenzados del mismo material y abierto por la parte inferior de los costados, que puede indicar su condición de hacendado o caporal; porta sobre de ese pantalón (¿chinaco?) la túnica o hábito negro, probablemente de la tercera orden agustina (padre Limón Lascuráin, comunicación personal), aunque tal vez sólo se refiera a una alegoría del santo de la devoción del finado. Otro más, el entierro 12, conservó igualmente un sayal negro con capucha, confeccionado con lana, aunque en esta ocasión puesto directamente sobre el cuerpo.

En los entierros femeninos adultos se encontraron de igual manera, vestimentas alusivas a imágenes: de la santa patrona de quien eran devotas, o por su onomástico. Su ornamentación fue en general más variada que la masculina, pues comprendía coronas o diademas hechas de madera, varas y alambre, adornadas con flores de papel y cintas de colores; además de tapados, chales o pañoletas y sandalias. Uno de estos entierros (el 39) tenía en sus manos una palma tejida, que puede significar tres cosas por los menos: que la palma aludía a su



nombre —Ramos—, al día en que ella murió —Domingo de Ramos—, o bien a su virginidad.

De igual manera, el cuerpo de la adolescente encontrada a mitad de la nave de la iglesia y actualmente en exhibición (entierro 10), viste un sencillo sayal de tela de algodón café y sandalias. Esta indumentaria lo mismo puede señalar a una novicia de la orden de las carmelitas, como su devoción hacia la Virgen del Carmen, o su nombre de pila: Carmen. Hubo otros elementos dignos de mención, como el detalle del peinado de una difunta, en base a una trenza tejida con entrelaces muy elaborados, la cual desafortunadamente no pudo conservarse. Lo mismo sucedió con otros tantos materiales que volvieron a enterrarse, tanto por su mal estado y el alto costo de su mantenimiento en exhibición, como por el riesgo de que volvieran a hidratarse y se completara el proceso de putrefacción. Otros cuerpos reihumados tenían partes descarnadas o desnudas, gestos y posiciones muy crudas, que bien hubieran podido despertar morbo o faltas de respeto, situación inadecuada para las instituciones que las guardan.

Al igual que en los ataúdes de niños, la vestimenta con la que ellos fueron amortajados es la más variada, vistosa y mejor preservada. Tiene abundantes adornos de alambre, papel de china, metálico y de otros tipos; lentejuelas, encajes, reliquias, objetos votivos y otras aplicaciones, todo lo cual logra quitarle algo a la —ya de por sí— pesada carga lúgubre de esta "muerte inacabada". Seguramente por una razón que trata de ser festiva, la defunción de un niño se ha considerado "como el paso por la tierra de un angelito", lejos de toda maldad o pecado y con una inocencia que de alguna manera se refleja aún en su muerté. De ahí resulta que en algunas partes, durante el velorio de un niño haya cantos y bailes. En Tlayacapan, además del arreglo del difuntito y la también animada velación, el día del entierro se hace un sendero con pétalos de flores frescas, desde su casa hasta la iglesia y el cementerio.

Los trajes infantiles más representativos de esta muestra y los más comunes, son los de monaguillos, vírgenes, santos y pajeitos. De entre los vestidos de santos pudieron identificarse a la Virgen de Guadalupe, la Inmaculada, a San Pablo y a San Ignacio.

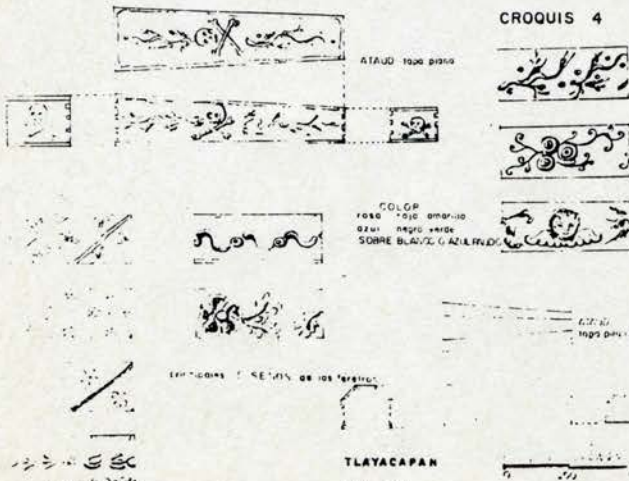
Los vestidos de pajes reflejan con toda seguridad las costumbres un tanto "cortesanías", de fines de la Colonia. Dos de estos pajeitos tienen en sus manos un cetro y tres clavos de madera recubiertos con una fina laminilla que puede ser plata o estaño, probables símbolos de la Pasión, o alegorías al logotipo de San Agustín. El cetro o bastón de mando igualmente puede ser referencia a un cargo oficial, civil o religioso que el infante habría heredado y por consiguiente relativo a la posición de su progenitor.

Otro detalle básico que debe hacerse notorio aquí es la calidad de los materiales utilizados en la confección de tales vestimentas infantiles, en vista de que la mayoría de los mismos fueron identificados como productos de importación por la doctora Patricia Altman, del Museum of Cultural History de la Universidad de Los Angeles, California. Ella detectó seda, china, fieltro, raso, brocados y listones de seda, muselinas y encajes europeos. Por otro lado, en el mismo entierro 29 —en exhibición— el pequeño fue colocado sobre pañoleta de fino algodón teñida al batik, de probable origen indonesio. En resumen, estos hallazgos le dan una connotación mayor al descubrimiento de Tlayacapan.

La información descrita hace pensar en diferentes posibilidades: que los familiares de estos niños traían tales prendas a esta población, desde Europa, Oriente o de la capital de México, o bien que se proveían de ellas quizás en Acapulco (vía Cuautla o Cuernavaca), puerto donde la Nao de China desembarcaba todo un exótico cargamento de artículos —de "fayuca"— requeridos por algunos habitantes de la Nueva España.

Es claro que no todos los materiales registrados resultaron ser importados, pues existen por igual textiles de origen local, tales como el algodón, el mtle, la lana y el teñido por anudado conocido como *icat*, que es una técnica indígena—mestiza equivalente más o menos al batik. La mayoría de estos entierros como los de adultos, descansaban su cabeza en pequeñas almohadillas, rellenas con algodón o lana.

Todos estos datos quedan en espera de ser mejor procesados y complementados, en forma conjunta con los estudios biomédicos y de antropología física de los cuerpos, ya que será la manera



más formal de justificar que instituciones sociales y culturales exhiban públicamente los verdaderos tesoros que la arqueología rescata del pasado, del olvido y aun de la muerte.

Consideraciones finales

El sumario hasta aquí presentado, producto del primer acercamiento al estudio de las momias de Tlayacapan, pretende —dentro de lo posible— esclarecer los mitos, dudas y temores que surgieron en torno al hallazgo; pero de la misma manera, busca darle difusión a las observaciones obtenidas y a las características culturales que el descubrimiento entraña. Es evidente que la presencia de esta práctica funeraria en Morelos, reconfirma su importancia durante el México colonial, así como el uso común que se les dio entonces a los monumentos religiosos, para inhumar en ellos cierto sector de la sociedad.

En relación con la antigüedad

atrio del convento.

Lo anterior podría inquietar (véase anexo 1), por la posible cifra resultante —que a pesar de cubrir 300 años—, con toda seguridad se asociaría a las dos importantes epidemias que asolaron esta región: una durante 1833 y la otras en los inicios del presente siglo. Con respecto a la primera (el cólera anatómico o cólera morbus) existe en un anexo a los Títulos Primordiales del municipio, una prohibición que especifica no velar ni enterrar a los muertos dentro de la comunidad y recomienda darles sepultura en fosas profundas, cubiertos de gran cantidad de cal (fojas 83—86). Ante tal advertencia, es imposible pensar que los supervivientes tuvieran tiempo y paciencia para ornamentar difuntos, ataúdes y después ordenarlos en el interior de la iglesia. El féretro de don Juan Sánchez fechado en 1809 y localizado sobre otros entierros deposi-

mento de dichos entierros—, la forma de la tenencia de la tierra y la escalada a los puertos burocráticos, demarcaron diferencias sociales, económicas, políticas y religiosas, que con toda seguridad "dificultaron la entrada al templo", tanto a indígenas como a la mayor parte de los mestizos y especialmente a sus cadáveres. El uso de telas importadas en las mortajas de niños, puede ser otro argumento de apoyo a tal conjetura.

La remota posibilidad que los entierros exhumados pertenecieran a gentes naturales del pueblo, tendría que reflejar algo de su cultura original, la cual sólo puede ser débilmente avalada con la presencia del posible polvo de cinabrio en uno de los entierros más antiguos y quizás —más forzado aún— las aberturas en el ataúd del entierro infantil 27. No es tan arriesgado afirmar lo anterior, si se toman en cuenta los datos etnográficos actuales, ya que entre ellos persisten costumbres prehispánicas. Tal es el hecho de dotar al difunto "antes de su jornada al inframundo", con ofrendas de alimentos "para el viaje", mismas que se colocan en el interior de su caja. En ninguno de los féretros explorados se encontraron vasijas u otros objetos de ofrenda, aunque en la tierra sí se hallaron fragmentos de alfarería precolombina, colonial, porcelana, vidrio, clavos, etcétera, así como pedazos de candeleros de barro vidriado; elementos normales de relleno en un lugar como este.

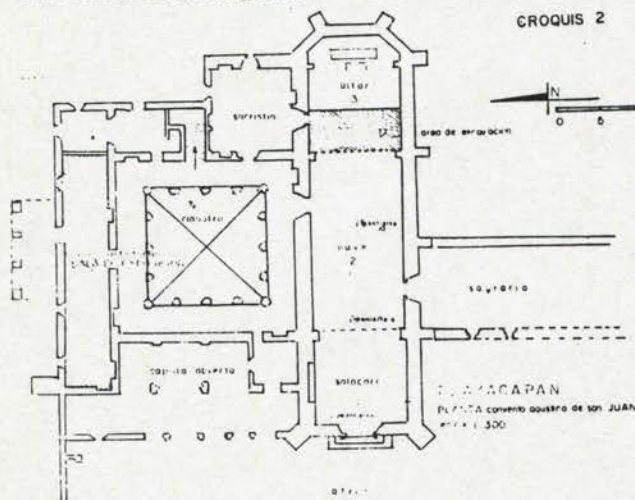
Otro factor para proponer el origen europeo y/o criollo de los sepultos, es el concerniente a la importante población extranjera que supuestamente tuvo esta población durante la Colonia, no sólo a propósito del control sobre la tierra o las haciendas, pero sí, por las constantes denuncias de minas de oro y plata en la región, que atrajeron a un nuevo tipo de colonos ávidos de riquezas. Don Cecilio Robelo publicó en 1885, cómo el aspecto del Tlayacapan de aquellos días era: "...triste y sombrío, las calles desiertas casi, las grandes casas abandonadas, los muros de los edificios y del templo pardos y llenos de chorreaduras..." Ciertamente así tenía que lucir el pueblo después de una epidemia y de abandonarse la búsqueda de los preciados metales y de aquellas famosas minas como: "la de Montenegro" (o

San Gil), denunciada en 1652: "la del Señor Amo", "Tepextitl", "El Congreso", "Santa Inés", etcétera, mismas que le dieron a la población el auge y la prestancia que aún reflejan algunos de sus edificios. Gentes como: ...Cluxiayn Flano pudieron haber perdido la vida en la aventura del oro, de aquel Tlayacapan tan cercano a la capital de la Nueva España y tan alejada "de la mano de Dios".

Una última reflexión sobre esta "muerte inconclusa", podría orientarse a ese afán de trascendencia —más allá del hecho normal de fallecer— tan recurrente en la historia del hombre. Tal ambición ha permitido concebir desde la antigüedad y entre otras muchas cosas: pirámides y majestuosos túmulos funerarios, métodos para preservar organismos muertos, ritos complicados y efigies de personajes importantes hechos en todo tipo de materiales. Más acá en el tiempo y por igual, además de los monumentos y las otras intenciones, han perdurado los prejuicios y los resentimientos, a propósito de las diferencias sociales aún para sepultarse. Por esta razón en la actualidad existen algunos cementerios urbanos (verdaderos fraccionamientos de muerte) a donde se especifican: las secciones de primera, de segunda o de quinta, las perpetuidades pagadas por adelantado, las criptas familiares, las protecciones especiales, los féretros cómodos e indestructibles, etcétera. En ciertos casos prevalece también, la secreta esperanza de poder llegar a "reposar para siempre", en las rotondas de hombres ilustres o contar con cualquier monumento que atestigüe la última morada.

Con tales motivos, la ideología de cualquier tipo, de cualquier grupo social o de su momento histórico, ha utilizado siempre esa ansia de inmortalidad, de miedo al olvido, o simplemente de miedo, para confundir, mimetizar, meditar o manipular lo efímero del ser y el dejar de ser. A cambio, brinda ofertas en la compra-venta de todo tipo de ilusiones o experiencias inexploradas que se oculten detrás de la muerte física.

La sutil enseñanza de la investigación en las momias de Tlayacapan, quizás radique en el hecho de poder demostrar cómo tales miedos, afanes o vanidades, y los complicados complejos sociales,



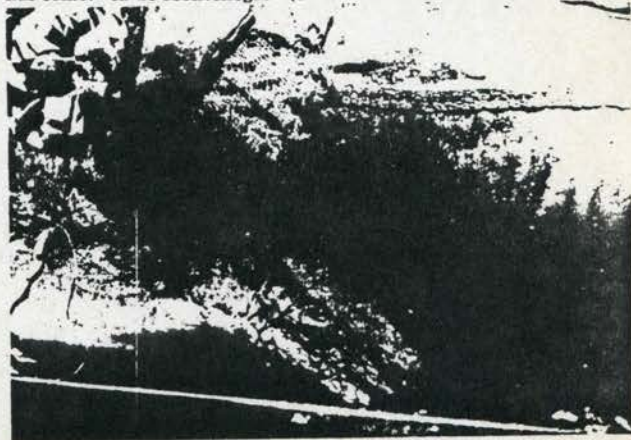
de estos entierros puede concluirse que debieron efectuarse durante el lapso comprendido entre la dedicación del templo —fines del siglo XVI y el momento de la prohibición oficial de tal costumbre, promulgada por las leyes de desamortización, la creación de los municipios, el registro civil y los panteones municipales; es decir, hacia mediados del siglo XIX. En pocas palabras: casi trescientos años de inhumaciones.

Los diferentes niveles de enterramientos que se ubicaron, clarifican la reutilización que se hizo del espacio al interior de la iglesia, durante dicho intervalo de tiempo; aunque la localización de ataúdes desde la entrada de la nave, demuestran por igual que se utilizó a toda su capacidad. Un cálculo aproximado hecho en base a la concentración de féretros en el área excavada, propone la cantidad de cuatrocientas inhumaciones distribuidas a lo largo de la nave; sin tomar en cuenta los que pueden existir bajo el piso del presbiterio, ni los entierros destruidos al hacerse nuevas sepulturas, como sería el caso de los cráneos y demás restos óseos recuperados del relleno del lugar. El cómputo más realista de las defunciones hechas entonces, tendría que incluir también los sepelios efectuados en el

tados encima de capas de cal, por seguro no se refiere a tal ordenanza, máxime que los ataúdes ulteriores no la contenían.

La segunda gran mortandad provocada por el tifus, ocurrió durante la Revolución Mexicana (traumático episodio de la historia que aún no es digerido por el pueblo), en cuyas fechas y a pesar del desorden, los abusos y la posible corrupción de las autoridades de aquellos días, la ley que prohibía entierros en las iglesias ya se encontraba en vigencia y se controlaba desde Yauatepec.

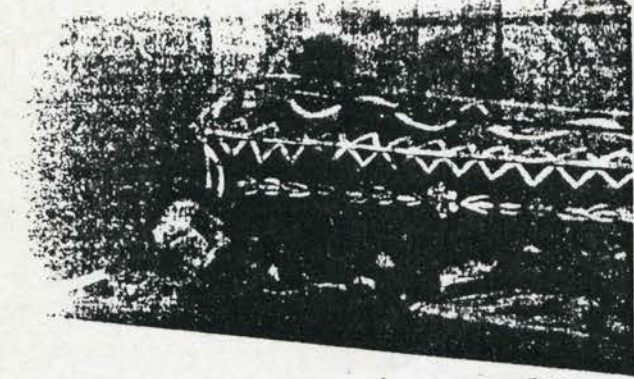
Otra inferencia que puede hacerse también —ahora acerca del posible estatus social de los sepultos—, es sobre la relación que ellos debieron tener con grupos de población europea o criolla. En especial si se toma en cuenta que Tlayacapan ha sido durante siglos —y en cierta manera lo sigue siendo— una comunidad básicamente indígena, de donde cuesta trabajo imaginar que resultara fácil el acceso a la "casa de Dios", para el común de los habitantes del pueblo. Lo anterior, aun cuando se hubiera dado un acelerado proceso de aculturación y mestizaje, y a pesar de que sus habitantes fueran ya personas bautizadas, evangelizadas y confesas. No hay que olvidar que en el largo periodo colonial —mo-



han logrado mantenerse latentes a través de tanto tiempo. Es posible que la desintegración física de estos cuerpos "se detuvo" aquí, precisamente en una comunidad campesina, para comprobar cómo algunas cosas no han cambiado a lo largo de muchos siglos: ni bajo el sol ni debajo de la tierra, en vista de que la trascendencia real del hombre pertenece a la temática de la vida. La tajante y concreta realidad del proceso propio y material de la muerte, únicamente propone: organismos secos, o huesos, o polvo...

Anexo 1

Es interesante transcribir algunas de las dudas o reflexiones más importantes que exteriorizaron los ayudantes de la población durante el transcurso de las excavaciones, en vista de que en todas ellas persiste una forma de sentir del pueblo, ante tal hallazgo. La profundidad de algunas preguntas requeriría discusiones aparte, en cual desviaría el contenido y los propósitos de este resumen. Las preguntas fueron:



1. No se le va a quitar la fuerza a la iglesia, si se desenterran los muertos?
 2. Se puede contagiar la gente de las enfermedades de los muertos que se saquen?
 3. Tantísimos muertos no harían muerto de la peste?
 4. ¿Estos muertos no serán desde los tiempos de la revolución?
 5. ¿Qué preparaciones especiales les harían a estos cuerpos para que se conservaran tan bien durante tantísimos años?
 6. ¿Se van a llevar estas momias a la Ciudad de México? Porque siempre pasa lo mismo: se las llevan y luego ya nunca las devuelven.
 7. ¿Por qué siempre se llevan lo más valioso de los pueblos para el DF? Luego aquí ya no queda nada; se han llevado hartísimas cosas: como el cuadro de San Agustín.
 8. ¿Como en cuánto se puede vender una momia? ¿Quién la compraría?
 9. ¿Por qué les ponían oro a las momias? Dicen que el oro las conserva y en este pueblo hubo mucho oro.
- Con explicaciones sencillas e incluso con bromas, se aclararon una a una las dudas expresadas, sobre estos y otros temas.

Quien desee mayor información sobre el tema, puede consultar la siguiente bibliografía mínima:

Archivo municipal de Tlayacapan; documentos, 1775: "Títulos Primordiales", Tlayacapan, Morelos.

AVELEYRA de Anda, Luis; et al; 1956: "Cueva de la Candelaria", Memorias del INAH, V. México.

BARRETO MARK, Carlos y Rafael Gutiérrez; 1982: "Morelos Histórico", En El Sol de Cuautla, No. 1385 (julio 28). Cuautla, Morelos; México.

CASTRO, Efraín; 1978: "La evolución de los sistemas funerarios en la catedral de México", conferencia presentada en el ciclo del M.N.A. México.

DE LA PEÑA, Guillermo; 1980: "Herederos de promesas: Agricultura, política y ritual en los altos de Morelos", Centro de Investigaciones Superiores del INAH, Ediciones de la Casa Chata No. 11. México.

FAVIER, Claudio; 1972: "Ruinas de una utopía: San Juan

REYMAN A. T., et. al.; 1980: "Mummies diseases and ancient culture". Cambridge University Press. USA.

ROBELO, Cecilio A.; 1885:

"Revistas descriptivas del Estado de Morelos". Cuernavaca, Mor.; México.

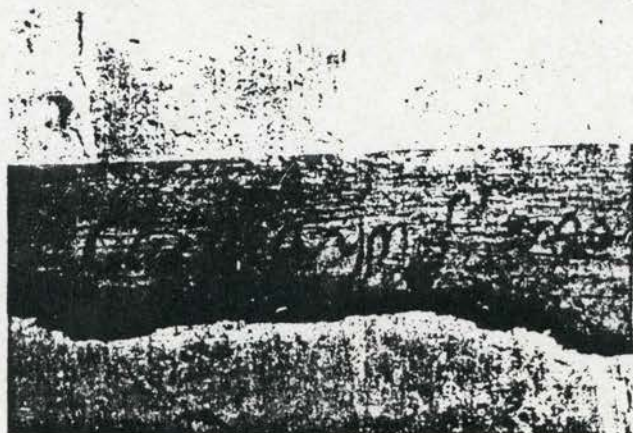
TOUSSAINT, Manuel; 1948: "Arte Colonial en México". Imprenta Universitaria. México.



Tlayacapan". Tesis doctoral, Universidad de Madrid. España.

GUTIERREZ, Israel; 1972: "Dos reliquias históricas del Estado de Morelos, en Ocuituco y Cuautla". En Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, T-XII; 93-124. México.

MARQUEZ MORFIN, Lourdes; 1984: "Sociedad colonial y enfermedad: un ensayo de osteopatología". Colección Científica No. 136, INAH-SEP. México.



tamoanchán

Suplemento dominical editado por El Regional del Sur
Epoca II-Año II-Tomo II-Núm. 86
Domingo 11 de marzo de 1990.

Director General:
Efraín E. Pacheco Cedillo
Subdirector:
Trinidad Padilla Barragán
Coordinador:
Alberto Millán Toledo